

los godos de la patria vieja y que después, por años y años, gobernó a la naciente provincia con tanta prudencia, como apacible buen sentido.

¡Añoranzas de antaño!

En aquella época, último tercio del siglo pasado, La Serena no era aún la ciudad de hoy, que empieza a tener los aires de una señora endomingada; pero tampoco era el humilde y mísero caserío descrito al Rey por el diligente Gobernador don Ambrosio O'Higgins, casi al finalizar su prolífico gobierno. Sin embargo, aun se conservan en sus regularizadas *manzanas*, los bajos y mal tejados edificios de la Colonia, que daban frente a polvorientas y mal empedradas calles, por cuyo centro corrían, a tajo abierto, nauseabundas acequias, que en sus casi diarios desbordes y aniegos, pestilaban el ambiente y amagaban la salubridad local.

Nuestra querida ciudad era, pues, entonces algo muy similar al Santiago, de los comienzos del siglo, de ahí que, parodiando el decir del viejo cronista Pérez Rosales, podríamos traducir así sus míseros deslindes:

Al *norte*, el basural del Coquimbo; al *sur*, el basural de La Pampa; al *oriente*, el basural de Santa Lucía, y al *poniente*, el basural de la Barranca del Mar.

Por fortuna, dentro de tan poco envidiables suburbios, existía un caserío modesto si se quiere; pero poetizado por las viejas torres de los viejos Conventos y por los altos y perfumados magnolios de los extensos y clavelosos solares, plantados quizás por las propias manos de sus legendarios fundadores, por aquellos bravos soldados de antaño que respondían a los nombres homéricos de Aguirre, Cisternas y Riberos, que la historia conserva en sus páginas de honor y gloria.

Era, pues, el modesto y querido caserío de mi niñez un centro de vida apasible y grato, de ahí que, cerrando los corpóreos ojos, acuda hoy a mi espíritu, con los gratos colores de la simpatía y el eterno recuerdo de la gratitud, precioso licor de oriente, que se perfuma en las almas grandes y se esfuma en las pequeñas.—SANTIAGO MARÍN VICUÑA.

LA CONDESA DE NOAILLES, RECORDADA A GRANDES Y PEQUEÑOS RASGOS

VUELTO a París después de seis meses de ausencia, sería inútil preguntarme qué hay de nuevo en el campo de la li-

teratura: pero podría sí responder y sin vacilar, qué hay de menos: hay de menos la Condesa de Noailles...

Fué una de las mujeres más interesantes de Francia y de las más originales de la época. Confesaba haber nacido en 1876, en París. Era de familia rumana, como Carmen Sylva y Elena Vacaresco. Por la línea paterna pertenecía a una rama principesca de Valaquia. Una de sus abuelas, — “dama de ojos alargados”, — era griega, cual la madre de André Chenier; y la propia madre de la poetisa arrancaba de la familia Mousurus, originaria de la Isla de Creta y famosa por su cultura: miembro de ella fué cierto Cardenal que colaboró con Erasmo en varias obras y autor de estudios sobre Platón; Mousurus Pachá, abuelo de la Condesa y Embajador de Turquía en Londres, dejó una traducción del Dante al griego antiguo; y Constantino de Brancoven, hermano de la Condesa, dirigió en París por largo tiempo, “La Renaissance Latina”... Semejante torre de Babel ancestral, tan exótico bagaje, produjo resultados. Casó la señorita de Brancoven con diplomático francés y continuó ligada así o mayormente ligada aún, a la aristocracia de la sangre: pero prefirió ella la aristocracia del espíritu. Desde joven mantuvo ciertas “liaisons” que la chamuscaron en el escándalo sin alcanzar a pulverizarla, y fué fiel por muchos años a su amistad literaria con Maurice Barrés. Y fiel, sobre todo, a su divino y nunca bien ponderado capricho de hacer y decir cuanto le vino en ganas. Y decía de modo hermosísimo, nuevo, fragante, profundo, envolvente y audaz. Eminentemente artista, fué le primera poetisa latina de su tiempo y, por sus encantos de mujer hábil, coqueta, influyente y amada, fué figura parisiense de primer plano.

Madame de Noailles perteneció a numerosas Academias de Francia y del extranjero. En 1920 obtuvo el Premio de Poesía otorgado periódicamente por la Academia Francesa. Y ese mismo año fué elegida miembro de la Real Academia de Bélgica, cuyas palmas le fueron entregadas por las propias manos del Rey Caballeroso y Heroico, Rey de leyenda, en lo futuro. Posó para los más notables artistas contemporáneos, Helleu, Blanche, La Gandara, Rodin, Lazlo, Forain y, últimamente, cuando alcanzó la dignidad de *única mujer Comendador de la Legión de Honor*, Van Dongen la estimó digna de ser también su modelo. E hizo de la Condesa un retrato bizarro, discutible como todo lo de Van Dongen y que es, seguramenta, postrer retrato de una mujer bella aun...

De Madame de Noailles circulan hasta ahora muchísimas

anécdotas en París. Yo podría ensartarlas como perlas. Pero prefiero evocarla, recordar las varias veces en que la vi, en que la escuché. Más de alguna vez, en su propia casa de la rue Schaffer. En el "Salón des Annales", en diversas ocasiones. Una noche, en el "Bal des Petits Lits Blancs", cenando ella con Tardieu, cuando éste era Presidente del Consejo de Ministros. Una tarde, durante un "cocktail party" en el estudio de André David, pintor y escritor. Y, por último, en el "vernissage" que de sus acuarelas hizo André David en la Galería Bernheim. Conversaba ella con el Mariscal Lyautey. Era verano y estaba, sin embargo, abrigada, pálida, más ojerosa que nunca, frágil, ingravida como jamás. Yo no deseaba interrumpirlas, pero ella me advirtió, alargó su mano de orquídea a través de varios hombros, y me dijo esta frase cuyo sentido tomó toda su fuerza cuando supe la muerte de la extraordinaria mujer:

—No se imagina Ud. cómo estoy de fatigada, por eso no he respondido a su última carta. Pero Ud. no me guarda rencor, ¿no es cierto?... Usted cree como yo que sólo los hilos misteriosos aprietan la amistad...

Puede ser. Y es desenvolviendo esos "hilos misteriosos" que, en este artículo, quisiera rendir todo mi homenaje a la que se ha ausentado para siempre.

Recuerdo que un día me dijo:

—La poesía debe participar de carácter de juventud y, a la vez, de eternidad. El poeta debe mirar hacia el porvenir, vivir en el presente y permanecer fijo, empero, en el pasado. Debe expresar el mayor número de verdades posibles, no debe cerrar su círculo espiritual, y sí tratar de extenderlo a varias generaciones. Yo quisiera ser tan bien comprendida por el anciano como por el hombre maduro y por el adolescente. Si los muertos pudieran despertar, quisiera ser comprendida por ellos, así como ansío impresionar a quienes nazcan mañana. Para alcanzar tal resultado es necesario, pues, que la poesía participe de caracteres de juventud y de eternidad... La poesía no es tortura ni violencia. Es un azar. El pensamiento nace hecho poesía y se expresa en forma poética. Inteligencia y emotividad hacen a los poetas. Es un error creer que la inteligencia no es un don en ellos natural. El genio de Víctor Hugo era antes que nada "genio de inteligencia..."

Pasó la Condesa a hablarme sobre sus preferencias literarias:

—En arte soy, naturalmente, individualista. Entre las mujeres que escriben, estimo a Gérard d'Houville y a Colette. Pe-

ro ¿quiere saber Ud. cuál es el poeta moderno que mayormente ha influido en mí?... Francis Jammes. Yo había compuesto ya dos libros, "El Corazón Innumerable" y "A la Sombra de los Días" cuando leí versos de Jammes, y a mí misma me parecieron escritos como si el amor de Jammes por la naturaleza me hubiera sido revelado antes... En veces también me emociona Paul Claudel con sus sonoridades de órgano conventual, a pesar de que está muy lejos de mi espíritu... Corneille, Racine, Hugo, Musset, (yo no amo a Lamartine, no obstante saber que es un gran poeta; yo no puedo pasarlo), son evidentemente los maestros que me han impresionado de modo más fuerte; pero el que ha permanecido mi favorito y del cual me he nutrido tanto como de Baudelaire, es Ronsard...

Madame de Noailles, como la mayoría de las gentes de letras, no perdía oportunidad para hablar de sí misma. Y llegó al extremo de dar una conferencia sobre su modalidad poética propia, sobre cuánto ella llamaba "la lira natural". Yo no había llegado aún a París, pero la poetisa tuvo la amabilidad de dármele a leer más tarde.

—Es en la naturaleza, — comienza declarando, — donde yo tomo "mi lira natural". "Los rayos del sol, los follajes móviles, la lluvia ligera, componen cuerdas innumerables, a la vez que las alas de la lira están formadas por mis brazos, por mis brazos alzados y extendidos, como en actitud de éxtasis..."

"Misión noble y cruel la de la poesía", continúa ella. "Es preciso sufrir el hecho de ser poeta para comprenderlo así. Un corazón abierto es corazón que mana sangre. Pero, al propio tiempo, ¿no participa la sangre de toda nuestra vida? Durante la felicidad, asalta la sangre las bellas mejillas y por ellas quisiera escaparse; durante los dolores oprime el corazón y calladita le aconseja con infinita claridad; en la maternidad se transmite la sangre, y con cuánta alegría! Y a impulsos del deber y de la gloria, se esparce por la tierra que fué de los abuelos, regándola, y tiñendo esa imagen única, la de los ancestrales, ante la cual se inclina profundamente la poesía eterna!"

Pasada la exaltación lírica, exprésase la poetisa con mayor naturalidad:

—Desde niña, — cuenta, — mis maestros en poesía han sido Corneille y Racine, por las recitaciones que de ellos hacían mis padres y porque en seguida me han acompañado siempre, el uno por su heroísmo; el otro por su pasión. También me he dejado guiar por Hugo, y por Musset, y por Chateaubriand. El genio de Rousseau se me hizo sensible más tarde, cuando

respiré en los paisajes de Saboya el recuerdo de sus potentes suspiros. A los quince años caí enferma por largo tiempo. Y pienso ahora: ¿Qué hubiera sido de mí entonces sin Montaigne? ¿Qué, sin Pascal? ¿Hubiera tenido bastante coraje para sufrir, sin Voltaire?... Y cierto día Federico Nietzsche hizome la consoladora gracia de despertarme, de resucitarme. También bendigo a Taine, y a Anatole France, que me enseñaron a descubrir la Grecia. Después corrí el peligro de querer escribir como Loti. ¡Como Pierre Loti! ¿Puede concebirse semejante pretensión?... Desde esa época, los poetas que han inspirado mis cantos, son: el sol, el silencio, la noche estrellada, el dolor... El dolor sobre todos, porque cuando mis poemas parecen alegres, es porque quiero negar o adormecer el dolor; y cuando son tristes o heroicos, es porque me resigno con valentía, y porque me uno a la fuerza dolorosa que posee al mundo. Lo digo, lo repito: el dolor es fuente de bondad, y la bondad, a su vez, merece que a propósito de ella se repita eternamente aquella frase sublime de Beethoven: "Yo no reconozco otra fuerza superior que la bondad".

Comentando su propia conferencia, Madame de Noailles me contaba un día:

—Comencé a escribir a los diez años. Hasta Amphyon, donde estábamos residiendo, vinieron por esa época, casi simultáneamente, un príncipe reinante y Federico Mistral. Todas mis preferencias fueron para el poeta... Entre los doce y los diez y siete años, escribí únicamente en prosa. Pero me enamoré y volví al verso... Sólo en 1901, después de casada, salió a luz mi primer libro: "El Corazón Innumerable", coronado por la Academia Francesa. Y desde entonces...

Desde entonces produjo la escritora no menos de diez volúmenes líricos, dos novelas, un primer tomo de "Memorias", cientos de artículos, cientos de conferencias y miles de reflexiones. Sentencias que lanzaba al aire, ora a los periodistas que iban a entrevistarla, ora con ocasión de las encuestas a que debía responder... Y aunque cuanto dijera fuera leve, era a la vez, profundo. La muerte fué su eterno caballo de batalla. Sentía que iba a desaparecer antes de tiempo y lo lamentaba, pues iba a privarse del espectáculo del mundo; pero como mujer coqueta que fué, entregóse al encierro a medida que fué perdiendo en fuerzas y, sin duda, en atractivos. No alcanzó a sobrevivirse y supo librarse de que se le aplicara una de sus más crueles frases, aquella que en "El Rostro Maravillado" reza así: "Ni a las re-

ligiosas, cuando llegan a la vejez, se las toma en cuenta para nada..."

De cuantas cosas se han escrito a propósito de la Condesa de Noailles, es sobradamente interesante algo de Remy de Gourmont, publicado en 1905 con motivo de haberse editado por entonces una novela de esta señora: "La Dominación". Y es de interés tal página crítica, porque Remy de Gourmont vapuleó firme a las literatas. Decía de ellas: "Son como los nobles de la época de Molière: lo ignoran todo y simulan saberlo todo". Con madame de Noailles resulta, pues, casi amable:

"Abusa en su literatura de su condición de mujer. Pero abusa con elegancia. Escribe en lengua bella, con gracia en el estilo y aun con encanto". Mas, luego agrega: "Pocos hombres, hasta aquellos que no tienen continuidad en las ideas, serían capaces de concebir una novela tan desordenada y tan oscura como "La Dominación". ¿He dicho concebir?... ¿Qué hay de concebido en tal libro, si no es el título y las primeras páginas? Es un balbuceo de pájaro lírico, y no otra cosa. Vuela, planea, vuelve a ascender, nada alternativamente en todos los azules: en el de los cielos, en el de las aguas, en el de las almas, en el azul de las pupilas. Va según su capricho o, mejor expresado, según su lógica particular, ya que entre las aves no hay caprichos, seguramente, sino obediencia a direcciones misteriosas, a leyes de una naturaleza que los hombres aun no comprendemos. Parece que madame de Noailles se detuviera en la mitad del camino, y allí se sentara a soñar, a soñar cómo es de dulce olvidar el fin de su viaje! Todo lo pierde en brumas que ocultan al peregrino la cima de la montaña; pero de qué modo encantador nos describe esas brumas y cuánto azul pone aún en las tinieblas!" Vuelve de Gourmont a exaltarse: "Cosa curiosa: en esta novela escrita por mujer, se desdeña a la mujer, "quien cesa de vivir en el momento mismo en que ya no se vive para ella", proclama la autora. En resumen: "Dominación" es una novela absurda, tan absurda como los cientos de novelas que aparecen todos los años pero quien la suscribe revela un gran talento y es una especie de genio del estilo. Caso de transcribir sus imágenes exquisitas y nuevas, hubiera que transcribir casi todo el volumen. Hay lirismo, a pesar de la incoherencia". Finaliza Gourmont su juicio con estas palabras: "La Dominación", lo mismo que "Le Visage Emerveillé", deben ser considerados como poemas y debemos leer algunas de sus páginas con olvido absoluto de que forman parte de un conjunto, pues ese conjunto es incomprensible.

La mujer aquí ha ahogado al novelista, y el sentimiento ha ahogado al propio tiempo en la mujer el poco de razón constructiva de que es capaz su inteligencia. Y he aquí una mujer que escribe sin imitar el tono de los hombres. He ahí su gran mérito y su gran encanto”.

Remy de Gourmont firmó lo anterior en 1905, como dije. Pues bien, Fernando Santiván, en 1933, al prologar la excelente traducción que acaba de hacer de “El Rostro Maravillado” para la Empresa Letras de Santiago, afirma más o menos lo mismo: “¿Poemas? ¿Novela? Ni una ni otra cosa, y, al mismo tiempo, las dos. Es una novela escrita por un poeta. Si todos los poetas escribieran sus novelas en forma parecida, acaso cambiarían sus frecuentes fracasos, en seguro éxito. Es la fórmula precisa. Ni la misma Mathieu de Noailles ha resultado escribiendo novelas en otra forma. “Le Visage Emerveillé” fué un acierto, el mejor de su vida, el que se convierte, — hijo parricida, — en el rival del propio autor”, Y Santiván termina con estas palabras: “El Rostro Maravillado” es para nosotros la expresión quintaesenciada de la “feminidad”; de ese don que las mujeres de la tierra no debieran abandonar jamás, a pesar de las conquistas efectuadas por ellas en el campo que antaño sólo perteneció al hombre. Sin esos atributos que la naturaleza depositó en sus manos, la vida perdería su encanto. ¡Viva y triunfe el feminismo todo lo que quiera y en los dominios que le plazca, pero conserve la mujer ese frágil atributo divino, ese exquisito privilegio de ser dulce, de ser débil, de ser misteriosa y contradictoria”.

Sin embargo, la amiga de Barrés consiguió notoriedad mundial, gracias a su verso y no a su prosa. En su carácter de poetisa alcanzó los más subidos tintes de la crítica. Gastón Rageot, por ejemplo, al dar en París una conferencia sobre la poesía de madame de Noailles, declaró, en presencia de la propia escritora, cosas como éstas: “Dos seres me han procurado la impresión del genio: Henri Bergson y la Condesa de Noailles. El uno, en el mundo del pensamiento, y la otra en el de la poesía, han abierto perspectivas nuevas. Puedo declararlo ante ella, ya que ella misma sabe que no es tanto su mérito: para mí encarna solamente una fuerza de la naturaleza. Por eso puede decir la artista como ha dicho: “El trabajo es mi sola felicidad, mi consuelo, mi vida”. Es claro, si ella compone sus versos tendida muellemente en la chaise-longue, junto a su ventana abierta ante el Infinito... No puede aplicarse a su genio la frase de Newton, aquello de la larga paciencia, pues en ella el genio se presen-

ta con toda la vibración del instinto; el genio de ella es la palpitación misma de la vida..." Continúa Rageot hablando: "¡La vida! ¡La muerte! La muerte constituye para ella el reposo, un reposo que "pone fin a la ebriedad de vivir". Pero tal fin ha de venir a su tiempo. Lo odia cuando es prematuro, cuando mutila jóvenes. Por ello ha lanzado gritos imperecederos contra la guerra, voces en que ha concentrado infinitas angustias maternales y la rebelión de la humanidad, todavía sangrante. En versos dedicados a su único hijo, dice:

"Mon coeur, de jour en jour, est moins habitué
a la mystérieuse et sanglante démence,
et je songe a cela, d'un coeur accentué,
cependant qu'absorbé par l'Histoire de France,
tu posee sur la table, avec indifférence,
ta main humble et sans gloire, et qui n'a pas tué..."

A pesar de reconocerse nutrida por Ronsard, nacida la Condesa en una época en que la mujer opina sobre todas las cosas y con mayor libertad seguramente que la usada por los antiguos poetas de Corte, pudo abarcar, con la amplitud de su musa, situaciones y circunstancias en que se reveló dotada de un estro fuerte, anatemático, exaltado hasta el delirio, como en aquella composición a Jean Jaurés, el pacifista, "a quien ví desaparecer cual ciudad en llamas", — canta, — para gritar en seguida, ebria de admiración: "Oh, tigre de la Paz!"

Muerta la Condesa de Noailles, Emile Henriot, entre cien otros, dedicó un estudio a su personalidad, en "Le Temps", y afirma que la extinta tuvo más genio que talento. "Su genio, explica el autor, consistía en la expresión espontánea, magnífica en su exuberancia y que parecía la voz misma de las cosas cuyo espectáculo la había embriagado... Había algo en ella de Shéhérazada, la de los cuentos, que relataba para no morir..."

¿De qué murió madame de Noailles?... De ese mal misterioso cuyo nombre no existe en medicina y que los médicos no logran detener; mal que sólo sufren los artistas, ya que entre ellos están las víctimas en un porcentaje que aterra; mal de que han muerto Rafael, Albert Samain, Chopin, Watteau, Mozart, Novalis, Schubert, Bellini, Proust, acaso Amado Nervo y seguramente Musset.

... ¿En ella?... El exceso de su propia poesía... Nadie la vió apagarse, salvo el marido y el hijo. Encargó que la ataviaran de blanco y prohibió que las gentes saciaran su crueldad y su

curiosidad ante su cadáver. No quiso ser observada en su aparejamiento con la muerte y negó a las "amigas" el placer de verla desencajada. No ha faltado una, sin embargo, que se ha dado gusto con la lengua. Y una que ella admiraba: Colette. Interrogada sobre su impresión ante el desaparecimiento de la Condesa de Noailles, dijo a un periodista: "Ella misma lo había escrito: "Soy inútil, pero irremplazable". La vieja socarrona está contenta de contar una rival menos, — ¡y qué rival! — Pudo haber simulado la generosa y haber dicho solamente lo último, *irremplazable*, porque inútil, inútil no lo fué jamás. Fué la primera mujer de letras de su tiempo, mal que pese a todas las "Claudinas".—EUGENIO LABARCA.